

HELEN OYEYEMI

LO QUE NO ES TUYO  
NO ES TUYO

TRADUCCIÓN DEL INGLÉS  
DE MARÍA BELMONTE

BARCELONA 2019



A C A N T I L A D O

TÍTULO ORIGINAL *What is not yours is not yours*

Publicado por  
A C A N T I L A D O  
Quaderns Crema, S.A.

Muntaner, 462 - 08006 Barcelona  
Tel. 934 144 906 - Fax. 934 636 956  
correo@acantilado.es  
www.acantilado.es

© 2016 by Helen Oyeyemi  
Todos los derechos reservados  
© de la traducción, 2019 by María Belmonte Barrenechea  
© de esta edición, 2019 by Quaderns Crema, S.A.

Derechos exclusivos de edición en lengua castellana:  
Quaderns Crema, S.A.

ISBN: 978-84-17902-02-5  
DEPÓSITO LEGAL: B. 21 848-2019

AIGUADEVIDRE *Gràfica*  
QUADERNS CREMA *Composició*  
ROMANYÀ-VALLS *Impressió y encuadernación*

PRIMERA EDICIÓN *octubre de 2019*

Bajo las sanciones establecidas por las leyes,  
quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización  
por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total  
o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico o  
electrónico, actual o futuro—incluyendo las fotocopias y la difusión  
a través de Internet—, y la distribución de ejemplares de esta  
edición mediante alquiler o préstamo públicos.

## CONTENIDO

Libros y rosas	7
No sólo de disculpas vive la mujer	47
¿Tu sangre es tan roja como ésta?	81
Ahogamientos	127
Presencia	147
Breve historia de la Sociedad de las Feas con Ganas	179
Dornička y el ganso del día de San Martín	211
¿Freddy Barrantov entra en... plantilla?	225
Si un libro está cerrado con llave probablemente hay una buena razón, ¿no crees?	251
<i>Agradecimientos</i>	265

Ábreme con cuidado.

Escrito en el sobre de una carta de Emily Dickinson  
a Susan Huntington Gilbert, el 11 de junio de 1852.

## LIBROS Y ROSAS

*Para Jaume Vallcorba.*

Érase una vez una niñita que fue encontrada en una capilla del monasterio de Santa María de Montserrat, en Cataluña. Era una mañana de abril. La niña era tan minúscula y estaba tan encogida que, a primera vista, la cesta parecía vacía. La niña había quedado oculta en un rincón, pero aun así logró deslizarse, valiente, hasta el extremo de la manta para asomarse a echar un vistazo. El monje que encontró la cesta buscó en vano una explicación cuando su mirada se encontró con los ojos de madera de la Virgen de Montserrat, que llevaba siglos sosteniendo a su hijo en el regazo, un niño de manto dorado que no respira ni crece. Mientras miraba a la divina señora, el monje fue consciente de su amor infinito y cayó de rodillas ante ella pidiéndole que le dijera qué debía hacer. Ya en el suelo, descubrió que se había arrodillado sobre un trocito de papel que la niña, al moverse, había arrojado fuera de la cesta. La nota decía así:

1. AQUÍ TENÉIS A UNA VIRGEN NEGRA, ASÍ QUE SABRÉIS QUERER A ESTA NIÑA TANTO COMO YO. POR FAVOR, LLAMADLA MONTSERRAT.

2. ESPERADME.

La niña llevaba al cuello una cadena dorada en la que había una llave. Mientras crecía, se probaron en vano todas las cerraduras de puertas y armarios del monasterio. Tenía que seguir esperando, y para Montse aquella idea, propues-

ta o promesa—¿cómo llamarla?—constituía tanto un consuelo como una gran frustración. Si hubiera sido una niña blanca los monjes de Santa María de Montserrat la habrían puesto bajo la tutela de una familia del lugar, pero era negra, como la cara y las manos de la Virgen que ellos adoraban. Le pusieron de apellido Fosc,<sup>1</sup> no sólo porque era negra sino por lo oscuro de su origen. Por su parte, los monjes se esforzaron por aprender todo lo necesario sobre los cuidados de un bebé. Pecaron de indulgentes con demasiada frecuencia y discutieron mucho sobre si ese grado extremo de cariño era un pecado mortal o venial. En cualquier caso fueron los monjes benedictinos quienes alimentaron, vistieron y pasearon a Montse. Y también ellos soportaron sus berridos mientras le salían los dientes e hicieron repicar durante horas las campanas de la iglesia el día que dijo sus primeras palabras. Ni de pequeña ni de mayor tuvo jamás Montse la menor duda sobre la devoción de sus numerosos padres, y en parte fue ésta la que le ofreció consuelo cuando, primero en el colegio y más tarde en la ciudad, la miraban de forma extraña o la insultaban; tales palabras y miradas a veces la dejaban cabizbaja unos cuantos pasos, pero la tristeza nunca le duraba demasiado. Ella era hija de la Virgen de Montserrat y de forma herética e instintiva sentía que la propia Virgen no era sino el símbolo de una poderosa Madre-Hermana, alegre y afligida al mismo tiempo. Una diosa que no la guiaba o protegía sino que siempre iba con ella y cuya presencia tangible se sumaba a la suya cuando era necesario.

Cuando Montse tuvo edad suficiente entró a trabajar en una mercería en Les Corts hasta que los parientes de la se-

<sup>1</sup> En catalán en el original: 'oscuro'. (*Todas las notas referenciadas con números son de la traductora*).

ñora Cabella no quisieron hacerse cargo del negocio y la tienda cerró.

«Eres una chica trabajadora, Montse—le dijo la señora Cabella—, y sé que llegarás lejos si te dan la oportunidad. Ya conoces esa monstruosidad en el Paseo de Gracia, la Casa Milá. La gente la llama La Pedrera porque parece una cantera, un montón de piedras puestas unas encima de otras. Una chica honrada y formal puede encontrar allí trabajo como lavandera. ¿Te parece bien? Entonces, vete a ver a la señora Molina, la mujer del conserje. Dile que te envía Emma Cabella. Dale esto».

Y la señora escribió una recomendación cuya lectura hizo ruborizar a Montse.

A la mañana siguiente fue a ver a la señora Molina a La Pedrera. Ésta la mandó arriba, a ver a la señora Gaeta, que le dio su aprobación y le entregó un delantal. Tras ponérselo, trabajó, trabajó y trabajó sin parar hasta que las semanas se fueron convirtiendo en meses. Montse trabajaba el doble de rápido para que la señora Gaeta no se diera cuenta de que, además de la ropa de los residentes que le habían sido asignados, lavaba también la de la familia Cabella. En La Pedrera el personal cambiaba sin parar, y sin previo aviso cada semana aparecían chicas nuevas, mientras otras desaparecían sin despedirse. La señora Gaeta conocía todas las caras y todos los nombres, aunque los uniformes hicieran que las propias chicas tuvieran dificultades para reconocerse. Era la señora Gaeta quien daba trabajo a las chicas y también quien las despedía si no se esforzaban lo suficiente. Se paseaba por el ático agitando un abanico lacado en rojo mientras inspeccionaba todas las actividades que allí se llevaban a cabo. Los residentes de la Casa Milá conside-

raban una joya a la señora Gaeta y a las lavanderas les caía bien porque a veces se unía a ellas cuando se ponían a cantar; era como si alguna vez hubiera sido una de ellas, a pesar de las telas de damasco y camafeos que ahora llevaba. También les gustaba la señora Gaeta porque era excitante oír la hablar: lanzaba los juramentos más contundentes e inusuales que habían escuchado jamás, cosas realmente irrepetibles, y todo ello con una voz ligeramente estremecida, como el sonido de un arpa. Su política era emplear a mujeres de aspecto saludable que no fueran a desarrollar problemas de espalda prematuramente. Pero no siempre acertaba. Había chicas que envejecían de la noche a la mañana. Otras eran inesperadamente perezosas. Las mujeres que se preocupaban por su reputación tampoco duraban mucho en la lavandería del ático: buscaban y encontraban trabajo en edificios más normales.

Existía la opinión generalizada de que la mansión mandada construir por la familia Milá era un completo fiasco. La culpa recaía fundamentalmente en el arquitecto. Contó con los materiales adecuados pero saltaba a la vista que no supo hacer buen uso de ellos. Un edificio de piedra, vidrio y hierro debería ser austero y sobrio, una atalaya desde la que vigilar de forma benevolente la sociedad. Pero la blanca piedra del edificio se ondulaba como si reaccionara a la mano que hubiera descubierto su punto más placentero al tacto. Un famoso periodista había descrito este efecto como «de una pernicioso sensualidad». Y por si esto fuera poco, todo el edificio resplandecía con un escandaloso tono rosáceo al amanecer y a la puesta del sol. Los ciudadanos respetables no podían evitar sentir que la casa expresaba la actitud de sus habitantes, que tenían que estar locos o bien dedicarse sin interrupción a actividades indecentes. Pero a Montse la casa en la que trabajaba le parecía



hermosa. Se ponía en una esquina de la acera, levantaba la mirada y lo que veía colmaba sus sentidos. Para Montse, La Pedrera era un lugar magnífico. Pero entonces su gusto carecía de refinamiento. Su mayor tesoro era un trozo de estaño brillante que había ganado en el tiro al coco de una feria, un hecho que no puede omitirse.

Sin embargo, había un puñado de personas cultas que compartían la admiración de Montse por La Pedrera; una de ellas era la señora Lucy, que vivía en el segundo piso y discutía frecuentemente con quien hiciera falta sobre si su hogar era o no un crimen estético. De vez en cuando venían periodistas a entrevistarla y cuando se marchaban hacían un último comentario despectivo, pero la señora Lucy se negaba a que tuvieran la última palabra y se quedaba allí discutiendo a voz en grito. Siempre se planteaba la cuestión de los ángulos rectos: ¿cómo podía soportar la señora Lucy vivir en una casa sin un solo ángulo recto..., ni tan siquiera en el mobiliario?

«Pero, vamos a ver, ¿quién necesita ángulos rectos?», preguntaba la señora Lucy mientras cerraba de un portazo la puerta del vestíbulo y subía riéndose las escaleras.

La señora Lucy era pintora y sus ojos recordaban el amanecer. Al igual que Montse, llevaba una llave colgando de una cadenita en torno al cuello, pero, a diferencia de aquella, decía a la gente que tenía cincuenta años y les lanzaba miradas desafiantes confiando en que le dijeran lo bien que se conservaba. (En realidad tenía treinta y cinco años, sólo cinco más que Montse. Una de las lavanderas había escuchado a un galerista rogarle que dejara de decir que tenía cincuenta años. Lucy respondió que recientemente había acudido a exposiciones de algunos colegas y quería descubrir si los hombres de cincuenta años que pintaban como ella eran tratados con reverencia porque tenían esa edad o

por alguna otra razón). Aparte de eso, las criadas estaban un poco decepcionadas con la señora Lucy. Esperaban de una artista que ganduleara por la casa con un pijama escarlata, bebiera cócteles para desayunar y alternara con apuestos granujas y fragantes sirenas. En cambio Lucy mantenía un riguroso horario de trabajo. Mercè, su asistente, trató de defenderla alegando que bebía el café de la mañana en un florero, pero nadie se lo creyó.

Montse se las arregló para ser ella quien entregara la colada a la señora Lucy; ello significaba tener que asumir otras varias entregas para que su jefa, la señora Gaeta, no sospechara. En el apartamento de la señora Lucy había un taller en el que solía empezar sus obras y luego las transportaba a su verdadero estudio. Treinta segundos en el apartamento de Lucy bastaban para que Montse pudiera echar un buen vistazo a esas pinturas incipientes. Lucy se dio cuenta enseñada de que Montse sentía curiosidad por su trabajo y empezó a dejar abierta la puerta del estudio mientras bosquejaba un lienzo. Llamaba a Montse para que juzgara cómo iba progresando el cuadro. «Fíjate en esto...», decía deslizando los dedos sobre un color que se iba oscureciendo en la distancia. El esfuerzo que ponía al dibujar hacía que se le tensaran todos los miembros. Montse veía cómo a veces se quedaba sin aliento aunque apenas se hubiera movido. Era consecuencia de arrebatarle imágenes al aire: el aire se cobraba algo a cambio.

Montse preguntó a la señora sobre la llave que llevaba al cuello. En realidad no se lo preguntó directamente, simplemente se puso a hablar para poder quedarse un poco más. Pero la señora Lucy le explicó que la llevaba porque estaba esperando a alguien; entonces Montse sin darse cuenta exclamó: «¿Usted también?!». Lucy la miró divertida: «Sí, yo también. Supongo que todos esperamos a alguien».

Y se lo contó todo mientras servía el café para las dos en floreros. (¡Era verdad! ¡Era verdad!).

«Dos mujeres sin un céntimo coincidieron en una celebración en Sevilla». Así comenzó el relato de la señora Lucy. El acontecimiento era la reunión que cada cinco años celebraban los graduados de una promoción de la universidad de Sevilla: ninguna de las dos mujeres había asistido jamás a esa universidad, pero se colaron en la reunión y todas las personas con las que se encontraron afirmaban recordarlas. Hubo incluso muchos comentarios sobre lo guapas que seguían estando aquellas antiguas compañeras. Las impostoras habían investigado el asunto y sabían lo que tenían que decir y las preguntas que debían hacer. Se llamaban Safiye y Lucy y nadie hubiera adivinado su pobreza, ya que habían dedicado la mayor parte de la tarde anterior a liberar diversas prendas de ropa exquisita de sus guardianes.

Las dos pobretonas conocían todos los gajes del oficio y la incapacidad para reconocerse mutuamente fue uno de los principales inconvenientes de ser impostoras eficientes. Ambas mujeres iban de ciudad en ciudad bajo infinidad de personalidades y ambas pensaban que la colaboración era para los débiles. Lucy y Safiye no habían acudido a esa reunión en busca de amistad o de amor; estaban allí para hacer contactos. Antes, cuando se habían deslomado en un trabajo honrado—Lucy en una panadería y Safiye en un matadero—, a menudo se preguntaban si sería cierto que había personas a las que les caía dinero simplemente porque tenían aspecto de estar acostumbradas a disponer de él a montones. Como estaban bendecidas con rostros fáciles de olvidar y el don de la desvergüenza, ambas se dedicaron a poner a prueba esa teoría y habían descubierto que funcionaba. A Safiye le gustaba contemplar cuadros y necesitaba dinero para crear su colección. Lucy era una artista siempre

necesitada de pintura, pinceles, trementina, luz adecuada y lienzos suficientes sobre los que cometer errores útiles. Lucy estuvo casada durante un tiempo con un tipo raro de payaso, de esos que no dan miedo a los niños: «Después de todo, es uno de los nuestros, lo puedes ver en sus ojos», se decían. «Qué gracioso que sea tan alto». Pero a Lucy y su marido no les había funcionado demasiado lo de estar casados: el vínculo resultó más pesado de lo que su desenfadado noviazgo les había permitido imaginar, aunque estaban de acuerdo en que había merecido la pena intentarlo. Mientras esperaban el divorcio, el marido de Lucy le enseñó los juegos de manos que terminaría por utilizar para desvalijar cualquier bolsillo que se le pusiera a tiro. La noche que conoció a Safiye le robó los pendientes directamente de sus orejas y cuando se retiró a un rincón tranquilo de la mansión para inspeccionarlos descubrió que eran de bisutería. Luego se dio cuenta de que le faltaba su pulsera de metal y enseguida se percató de que sólo se la podría haber quitado la persona a la que ella había robado; las baratijas y aquellas delicadas orejas la habían despistado. Lucy, arrinconada por un banquero cuyo falso recuerdo de haber estado enamorado de ella desde el primer curso podría resultar rentable, vaciló entre una decisión sensata y otra temeraria. Pero Lucy siempre apostararía por la temeridad. Encontró a Safiye en el jardín apoyada contra una lámpara de aceite y pudo comprobar que no era la única mujer insensata del mundo, ni siquiera de aquella reunión, porque Safiye tenía el brazalete pulido de Lucy en la mano y lo hacía girar hacia uno y otro lado para atrapar luciérnagas en la ondulante y transparente manga izquierda de su vestido. Y todo ello a riesgo de prenderse fuego, aunque desde donde Lucy se encontraba Safiye parecía estar hecha de fuego, con el brazo izquierdo lleno de lucecitas danzando que pa-

recían brotar de su propia carne. Eso o estaba volviendo a convertirse en fuego.

Abandonaron temprano y a toda prisa la reunión junto con un pequeño grupo de asistentes incapaces de seguir fingiendo que todo había sido un éxito. Tras meterse en la cama de Lucy, ya no salieron de allí en días. ¿Cómo habrían podido, si Lucy conseguía colmar todos los deseos de Safiye con la punta de los dedos y si cada lengüetazo juguetón de Safiye llevaba a Lucy al borde del éxtasis? Se quedaron dormidas mientras cada una planeaba escapar en mitad de la noche. Después de todo, su pasión las dejaba completamente inermes y eso era algo que les daba pánico. Planearon escapar, pero se despertaron entrelazadas. A Lucy le tocaba decidir si Safiye se quedaba o no. Porque, ¿quién sabía lo que Safiye podría exigir de repente y conseguir de Lucy? «Deja de respirar. Deja de tomar té». La situación mejoró cuando se les ocurrió que también podían hablar; a medida que iban conociéndose se dieron cuenta de que lo que les atemorizaba era que su yo se agotara. Pero, por el contrario, cuanto más amaban más quedaba por amar. A veces era necesario separarse durante meses para birlar objetos valiosos utilizando métodos que evitaban describir con detalle. Lucy enviaba a Safiye cuadros y flores de azahar, y Safiye mandaba un flujo constante de potenciales modelos a Lucy. Las enamoradas discutían sobre ello; a Lucy le parecía que Safiye trataba de engatusarla para que llevara una vida respetable. Lucy se había prometido que sólo pintaría retratos de personas que le resultaran fascinantes y era un engorro tener que inventar excusas para no aceptar encargos de retratos.

—No pasa nada, simplemente no se te da bien hacer regalos—decía Lucy con una sonrisa que pretendía ser conciliadora.

Los regalos no importaban cuando estaban juntas y los

regalos no deberían importar cuando estaban separadas. Pero Safiye se sentía ofendida.

—¿Pero de qué hablas? ¡No vuelvas a decir que soy mala haciendo regalos!

Si Lucy hubiera podido retirar algunas de sus palabras, habrían sido las que le dijo a Safiye sobre sus regalos poco adecuados; si no las hubiera pronunciado, Safiye jamás habría decidido robar aquel regalo con que demostrarle que estaba equivocada y no la habrían atrapado.

Las amantes pasaron juntas la Navidad y luego se separaron: Lucy partió hacia Grenoble y Safiye hacia Barcelona. Se escribían a la lista de correos de sus ciudades y a comienzos de abril Safiye le contó en qué consistía el día de Sant Jordi. «Lucy, aquí es costumbre intercambiar libros y rosas el día 23 de abril. ¿Lo haremos nosotras?».

Lucy se puso alegremente manos a la obra. Primero consiguió papiro y confeccionó un libro, página por página; las cosió todas y elaboró una cubierta de cartón. Luego llenó cada página de recuerdos; dibujó capullos de rosas inglesas y rosas chinas en plena floración, rosas Bourbon de color rosa trepando por muros y arriates rebosantes de rosas mosqueta. Dibujó todas las rosas que había visto en su vida de la forma más realista que pudo (cuando sombreaba los pétalos, el papel rugoso se convertía en seda) y en esas perdurables formas se las ofreció a Safiye. La confección de ese libro de rosas coincidió con un período en la vida de Lucy en el que estaba ganando dinero sin tener que engañar a nadie. Se había topado con un jugador empedernido que observó que ella le calmaba los nervios de forma milagrosa. Cuando ella se sentaba a su lado siempre ganaba al blackjack, por lo que acordaron que él le daría el diez por

ciento de las ganancias de cada noche. Este hombre sólo jugaba cuando las apuestas eran altas, de manera que ganaba mucho dinero y ambos estaban contentos. Lucy no sabía lo que sucedería cuando se les acabara la suerte; lo único que esperaba era que no se pusiera violento con ella, porque entonces ella tendría que hacer lo mismo. Sería una pena porque el hombre le gustaba. Nunca le ponía las manos encima, siempre preguntaba cómo estaba Safiye y estaba muy enamorado de su esposa, que también lo amaba y creía estar casada con un vigilante nocturno. La mujer del jugador habría enloquecido de miedo si hubiera visto lo cerca que estaba cada noche de perder los ahorros de toda una vida, pero no sospechaba nada, así que le preparaba cenas ligeras para comer en el trabajo, algo que el hombre no podía ni siquiera mirar (su estómago siempre se revolvía cuando tenía que desafiar a la Diosa Fortuna), así que Lucy se comía sus cenas y las disfrutaba mucho, y el sabor de las aceitunas aliñadas con hierbas permanecía en su boca, y cuando bebía vino podía saborear todo el verdor de las uvas.

Desde donde Lucy se sentaba junto a su jugador podía mirar a través de una ventana de dos hojas; desde allí veía una larga calle que conducía hasta el pie de una montaña. Lo que más le gustaba a Lucy de aquella vista era que a medida que la noche iba dando paso al amanecer, la montaña parecía deslizarse por la calle. Avanzaba de puntillas, como si temiera que alguien la sorprendiera. En la medida en que una efímera cosa hecha de carne y hueso puede recordar (o presagiar) lo que es ser piedra, Lucy comprendía el deseo de la montaña de ponerse a escuchar en la ventana de un antro de jugadores y reconfortarse al calor de toda la esperanza y la desolación que flotaban en el ambiente. Le habría gustado que la montaña consiguiera un día encogerse hasta convertirse en un guijarro para poder entrar rompiendo

el cristal y deslizarse hasta un rincón desde donde absorber felizmente la vida tabernaria mientras el lugar permaneciera abierto. Lucy trató de escribir algo a Safiye sobre lo que veía a través de esa ventana, pero le pareció que su descripción de la montaña resultaba tan nostálgica que resultaba desagradable leerla. No envió la carta.

Safiye había comenzado a trabajar como doncella de una señora, un puesto adecuado para ella, que contaba con la paciencia necesaria: puede llevar meses descubrir dónde se encuentra la caja fuerte en una casa, y no digamos averiguar el código que permite acceder a su contenido. Pero ¿era realmente ése el plan de Safiye? Lucy tenía la impresión de que se estaba dejando arrastrar de nuevo por la engañosa vida convencional. En sus conversaciones, Safiye sacaba a colación incómodos temas como «el futuro», la necesidad de seguridad y la posibilidad de realizar a lo sumo una operación más. De vez en cuando Lucy dejaba de trabajar en el libro de las rosas para escribir y enviar breves notas:

Safiye:

He estado tan ocupada que no he tenido tiempo de pensar; me temo que sólo podré enviarte un regalito para el día de Sant Jordi sobre el que me hablaste en tu carta. Imploraré perdón cuando te vea.

Safiye replicaba:

Por pequeño que sea tu regalito, estoy segura de que el mío aún lo es más.

Te reirás cuando lo veas, Lucy.

Lucy respondió:



¡Siempre tan competitiva! Sea lo que sea que estés haciendo, procura que no te atrapen. Te quiero, te quiero.

El 23 de abril Lucy recogió en Correos un sobre donde Safiye había escrito a mano su nombre. Contenía una llave colocada en una cadenita y un mapa de Barcelona con una pequeña rosa negra dibujada en él. Lucy rebuscó en el sobre pero no había nota alguna. «Ni siquiera ha sido capaz de enviar un libro», pensó Lucy, chasqueando la lengua un tanto decepcionada. Todavía no había enviado el libro que ella había confeccionado y mientras hacía cola empezó a pensar en quedárselo.

La mujer que le antecedió en la cola estaba leyendo el periódico y Lucy vio el rostro de Safiye—más bien una reproducción del mismo bastante mal bosquejada—y leyó la palabra BARCELONA en los titulares. Sintió que se le helaba el corazón, como si la sangre se le hubiera espesado y no pudiera correr por las venas. Leyó lo suficiente para comprender que la policía buscaba a una doncella con relación a un asesinato y a una serie de delitos de los que se sospechaba era la autora bajo otros nombres.

¿Asesinato? Imposible. Safiye no. Lucy retrocedió hasta que encontró una pared en la que apoyarse. Se quedó allí descansando hasta que se sintió capaz de caminar hasta la estación donde compró billetes y un periódico del que leyó una única página mientras esperaba la llegada del tren. Iría hasta donde le llevara el mapa que tenía en el bolso, encontraría a Safiye, ella le explicaría todo y ambas se partirían de risa. Estaba claro que tendrían que abandonar Europa. A lo mejor incluso tendrían que ganarse la vida honradamente, como proponía Safiye, pero, por favor, por favor, por favor... Esta súplica se repitió en su interior durante todo

el viaje (cambió tres veces de tren y duró casi todo el día). Cada vez que cogía un nuevo tren, una montaña parecía seguirla—cada vez que miraba por detrás de su hombro, allí estaba, infatigable—. Le gustaba pensar que era su montaña, la que vio por primera vez en Grenoble, que ahora se aliaba con ella hasta que encontrara a Safiye.

El mapa de Safiye condujo a Lucy hasta una puerta toscamente labrada en un muro. No parecía una puerta que pudiera abrirse, sino una tapia para ocultar un fallo en la pared de ladrillo. La llave entraba en la cerradura y Lucy se adentró en un jardín tapiado rebosante de rosas. Caminó envuelta en oleadas de perfume, levantando a su paso enredaderas de eglantina y escaramujo mientras pequeñas mariposas de color azul pálido se dispersaban en todas direcciones. Safiye había dicho que Lucy se reiría al ver el tamaño de su regalo y quizá lo hubiera hecho de haberla encontrado. Al fin y al cabo nunca antes le habían regalado un jardín secreto. Pero los periódicos decían que esa mujer que se parecía a Safiye había matado a su patrona, y Lucy temía que fuera cierto y la razón de ese regalo. Cuando oscureció pensó en quedarse a dormir entre las rosas del jardín, como si las perfumadas ráfagas del aire pudieran aportarle alguna respuesta. Pero era más práctico encontrar a Safiye que soñar. Pasó dos semanas dando vueltas por la ciudad, escuchando lo que se decía de la doncella que había asesinado a su señora. No se atrevió a regresar al jardín de las rosas, pero tenía la llave en torno al cuello con la esperanza y el temor de que alguien la reconociera. Pero no fue así y optó por regresar a Grenoble antes de que se le agotara el dinero. Su jugador estaba en el hospital. Había sufrido graves pérdidas en la mesa de blackjack. Su mujer descubrió al fin lo que se traía entre manos y demostró poseer una fuerza totalmente inesperada («fuerza sobrehumana»,

en las palabras de él mismo): le rompió ambos brazos y luego se fue a vivir con un carpintero que le había estado haciendo compañía mientras él se dedicaba a sus operaciones financieras. A pesar de todo, se alegró de volver a ver a Lucy: «¡La fortuna me sonrío de nuevo!». ¿Qué podía hacer Lucy? Le preparó sopa y cuando no estaba junto a la cabecera de su cama se dedicaba a robar carteras para pagar las facturas del hospital. Todavía siguen siendo amigos: él se quedó impresionado por los cuidados que ella le dedicaba y ella se sorprendió de que a él nunca se le ocurriera culpar a nadie de sus problemas.

Pocas semanas después de su regreso a Grenoble hubo un temporal de primavera que llenó las calles del musgo de las cimas de las montañas. La tormentosa noche convirtió la ventana de la habitación de Lucy en una puerta; sumida en el sueño, Lucy comenzó a percibir que había algo más que lluvia golpeando el cristal..., alguien estaba llamando. Medio dormida, se dirigió tambaleándose a la puerta para correr el cerrojo. Cuando Safiye se deslizó por fin dentro del cuarto, tiritando y empapada hasta los huesos, se besaron durante largo tiempo, se besaron hasta que Lucy se desesperó del todo por el castañeteo de los dientes de Safiye contra los suyos. Lucy cogió una toalla y, mientras Safiye realizaba un conmovedor amago de striptease ante ella, envolvió a su amada para que entrara en calor y la abrazó sin preguntar lo que tenía que preguntar.

Al cabo de un rato, mientras Safiye hablaba, su voz estaba tan inalterada que parecía más un recuerdo que algo presente y real.

—Hoy he preguntado por ti e incluso he caminado detrás de ti por la calle durante un buen rato. Compraste un lazo para el sombrero y una bolsa de cebollas y con el lazo has hecho un negocio redondo. A veces incluso he pensa-

do que me descubrirías, pero ahora sé que no. Se te ve muy bien. Estoy orgullosa de ti. En cambio yo tan sólo he conseguido coger una llave y embrollarlo todo. Yo te quería dar..., yo te quería dar...

—Duerme—le dijo Lucy—. Duerme y no digas nada.

Esto fue lo único que consiguió decirle. Pero Safiye había venido a explicarle lo de la llave: «La llave, la llave...», era como una obsesión, y no se dormiría hasta que Lucy la hubiera escuchado.

Desde el principio a Safiye le había provocado una ligera aversión la forma de hablar de su patrona, la señora del Olmo:

—Esa mujer tenía una noción del intercambio muy curiosa... Cuando se acordaba de alguien que le había dado algo, siempre le parecía poco y estaba convencida de que el otro se había quedado la mejor parte. En cambio, cuando recordaba haber dado ella algo, siempre era tanto que casi se arruinaba.

Aparte de eso, a Safiye no le agradaba ni le desagradaba particularmente la señora del Olmo, y prefirió concentrarse en crear su inventario mental de los tesoros de la casa, que eran muchos. También estaba la llave que la mujer llevaba en torno al cuello. Jugueteaba con ella mientras entrevistaba a un jardinero tras otro; Safiye asistía a las entrevistas, tomaba notas y leía las referencias de los candidatos. Pero ninguno de ellos parecía capaz de cumplir el requisito de absoluta discreción exigido por la señora del Olmo: el jardín debe estar cuidado, pero también mantenerse en secreto. Finalmente Safiye le ofreció sus propios servicios como jardinera. Para entonces ya se había ganado la confianza de la señora del Olmo, que le permitía atravesar la ciudad con ella hasta la puerta del jardín, abrirla y hasta mirar el interior. Safiye comprendió inmediatamente que

aquel lugar no se sometería jamás a la mano de ningún jardinero; también descubrió que los rosales eran regalos perpetuos, ofrecían un estudio pródigo en milagros donde Lucy podría trabajar, deleitarse y estudiar el color. La señora del Olmo ordenó a Safiye que esperara fuera, entró en el jardín y cerró la puerta tras ella. Al cabo de media hora volvió a salir sin aliento y con las mejillas encendidas:

—¿Cómo si acabaran de besarla?—preguntó Lucy.

—Nada de eso. Más bien parecía como si la hubieran agarrado y sacudido como un termómetro de mercurio defectuoso. Le pregunté si había alguien más en el jardín y me respondió hecha una furia: «¡No! No, ¿por qué lo preguntas?». La señora del Olmo había cogido un magnífico ramo de rosas amarillas con vetas de color lavanda, unas flores tan vívidas que la mano que las sostenía parecía de cartón. La señora del Olmo mantuvo las flores en el regazo durante todo el trayecto en coche a casa y para cuando llegamos ya se había tranquilizado. Pero yo pensaba que había alguien más en el jardín: si no, la pregunta no le habría molestado tanto, ¿no crees?

—Cuando yo estuve no había nadie más—dijo Lucy.

—¡Así que estuviste allí!—exclamó Safiye.

—Sí, y sólo había rosas.

—Sólo había rosas...

—Así pues, ¿cómo conseguiste la llave?

Ahora ambas se miraban fijamente, Safiye tratando de detectar incredulidad y Lucy, una mentira.

—Por la noche fui al salón de mi patrona para ver si deseaba algo más antes de que me fuera a dormir. Las otras dos personas que tenía empleadas eran un cocinero y una criada para todo y no vivían con nosotras, así que ya se habían ido a su casa. Llamé a la puerta y nadie me respondió, aunque escuché un sonido.